



## VAYAN USTEDES TAMBIÉN A MI VIÑA

Domingo XXV del Tiempo Ordinario

“Paulina era quien recibía todas mis confidencias íntimas y aclaraba todas mis dudas... En cierta ocasión, le manifesté mi extrañeza de que Dios no diera la misma gloria en el cielo a todos los elegidos y mi temor de que no todos fueran felices. Entonces Paulina me dijo que fuera a buscar el vaso grande de papá y que lo pusiera al lado de mi dedalito, y luego que los llenara los dos de agua. Entonces me preguntó cuál de los dos estaba más lleno. Yo le dije que estaba tan lleno el uno como el otro y que era imposible echar en ellos más agua de la que podían contener. Entonces me hizo comprender que en el cielo Dios daría a sus elegidos tanta gloria como pudieran contener, y que de esa manera el último no tendría nada que envidiar al primero”.

(Los cinco minutos de santa Teresita, Editorial Claretiana, 2005).



### LA PALABRA

Is 55, 6-9 | Sal 144, 2-3. 8-9. 17-18 | Flp 1, 20b-26

**Mt 19, 30 — 20, 16**

Jesús dijo a sus discípulos: Muchos de los primeros serán los últimos, y muchos de los últimos serán los primeros, porque el Reino de los Cielos se parece a un propietario que salió muy de madrugada a contratar obreros para trabajar en su viña. Trató con ellos un denario por día y los envió a su viña. Volvió a salir a media mañana y, al ver a otros desocupados en la plaza, les dijo: Vayan ustedes también a mi viña y les pagaré lo que sea justo. Y ellos fueron. Volvió a salir al mediodía y a media tarde, e hizo lo mismo. Al caer la tarde salió de nuevo y, encontrando todavía a otros, les dijo: ¿Cómo se han quedado todo el día aquí, sin hacer nada? Ellos les respondieron: Nadie nos ha contratado. Entonces les dijo: Vayan también ustedes a mi viña. Al terminar el día, el propietario llamó a su mayordomo y le dijo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando por los últimos y terminando por los primeros. Fueron

entonces los que habían llegado al caer la tarde y recibieron cada uno un denario. Llegaron después los primeros, creyendo que iban a recibir algo más, pero recibieron igualmente un denario. Y al recibirlo, protestaban contra el propietario, diciendo: Estos últimos trabajaron nada más que una hora, y tú les das lo mismo que a nosotros, que hemos soportado el peso del trabajo y el calor durante toda la jornada. El propietario respondió a uno de ellos: Amigo, no soy injusto contigo, ¿acaso no habíamos tratado en un denario? Toma lo que es tuyo y vete. Quiero dar a este que llega último lo mismo que a ti. ¿No tengo derecho a disponer de mis bienes como me parece? ¿Por qué tomas a mal que yo sea bueno? Así, los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos.



---

### Los obreros de la primera hora y el buen ladrón

“Cada uno de nosotros conoce la tentación de actuar como los obreros de la primera hora. También nosotros queremos protestar (...). Es una tentación que hay que rechazar decididamente, no sólo por la amargura que generaría —esa especie de ‘tristeza de la gracia’ de los cristianos frustrados— sino también porque es contraria a una ley esencial de la comunión de los santos, a saber, que los servidores de Dios, cualquiera sea la hora en que han comenzado su trabajo, tienen necesidad los unos de los otros.

Obreros de la primera hora y de la undécima tienen mucho que recibir los unos de los otros. (...)

Pero no es fácil. Ciertamente verificamos la incompreensión de los trabajadores de la primera hora. Se produce así —como si fuera de la naturaleza de las cosas— una falta de tacto, si no ya arrogancia, de parte de los obreros de la hora undécima. Me imagino a los de la parábola mostrando con aire burlón su denario a los demás...

Sin embargo, la rica comunicación que se puede instaurar de la forma dicha es el signo de una invisible ayuda mutua cada vez más profunda y que aparece más y más como un inapreciable tesoro. Mi amigo, Jean Guittou, contaba un día que, en los momentos en que su fe se encontraba en mayor dificultad, él apelaba a todos sus hermanos bautizados. De este modo, decía, él creía ‘con la fe de los otros’. Naturalmente, no podemos atribuir rigidez a esta fórmula, pero recojamos la lección que nos transmite. Porque las riquezas inconmensurables del cuerpo de Cristo están a nuestra disposición, podemos beber allí fe, esperanza, caridad. Y también aquella calidad que sentimos que falta a nuestra fe, a nuestra esperanza, a nuestro amor. Una calidad que es arraigo o fervor, tenacidad o alegría, capacidad de sufrir u orgullo por brillar, por brillar del amor de Cristo.

(...) Para tales comunicaciones –sean visibles o invisibles– existe evidentemente una condición: que uno no se amuralle jamás en la soledad espiritual, sino que piense constantemente en los otros. Porque formamos con todos ‘una comunidad de destino’.

Me atrevo a hacer intervenir aquí un pasaje emocionante del Evangelio, del cual marcaré sólo algo bueno: es el caso del buen ladrón. ¡Qué inolvidable diálogo con Cristo! Cuando un grito nace de nuestra conciencia y esperamos la respuesta cargada de ternura de Jesús, ¡cómo buscamos una mirada de Jesús para que Él encuentre nuestra propia mirada! Ciertamente, todas estas cosas están grabadas en nuestra propia historia personal. Y, sin embargo, tengo la audacia, la gran audacia de preguntar: ¿Por qué el buen ladrón no ha pensado en el otro, no ha señalado y hasta impuesto al otro perdón de Jesús? Es claro que el otro blasfemaba. ¿Y después? El buen ladrón pudo decir: ‘Señor, este mi compañero de suplicio ha recibido menos que yo. Es de aquellos que no saben lo que hacen. Llévame a mí, pero no sin él. ¡Sí! No sin él, esta tarde, a tu Reino...’.

(...) Quisiera grabar estas palabras en nuestro corazón: que los otros no llevan solos la responsabilidad de sus retrasos. En este siglo, sobre todo, existen inmensas responsabilidades colectivas (...). No juzguemos a los obreros de la hora undécima. Aun siendo ellos enteramente responsables de su retraso, Dios es siempre el amo de lo imposible. Más allá de los de la hora undécima (que fueron contratados), miremos el tormento del de la hora duodécima (que no lo fue): el ‘mal ladrón’. ¡Estamos juntos! Es una de las leyes esenciales de la fidelidad a Cristo: ¡obrerros de la primera, tercera, décima, undécima horas, movilicémonos a favor de los de la hora duodécima!’”.

(*Creer con veinte personajes del Evangelio*, Ambroise M. Carré, Editorial Claretiana, 2006).



---

“Vivir de amor es darse sin medida,  
sin reclamar salario aquí en la tierra.  
Yo doy sin llevar cuentas, ¡muy segura  
de que en amor el cálculo no entra...!  
Lo he dado todo al Corazón divino,  
pura ternura...; así, ligera voy  
sin más carga que mi única riqueza: vivir de amor”. Amén.

(Fragmento. *Los cinco minutos de santa Teresita*).



---

## Sin medidas

Es cierto: el ejemplo de Jesús nos puede resultar desmedido, desproporcionado. Pero tiene que ver, también, dónde nos situemos y dónde pongamos el acento. Y que a cada uno le resuene y lo mueva en su experiencia de hoy. La clave es que no nos sea indiferente, que nos descoloque.

Hace tiempo, en esas charlas mate por medio, un amigo contaba que él nunca le preguntó a sus compañeros cuánto ganaban, ni pensó en utilizar ese argumento a la hora de reclamar por su salario. Que, si él consideraba que no era apropiado, tendría sus motivos para plantearlo. Por supuesto, esto se daba en un contexto en el que ningún derecho fundamental se veía vulnerado. En ese entonces, me sorprendió su reflexión y, sobre todo, me dejó pensando al punto que la sigo recordando, pues sus palabras no me resultaron indiferentes.

Su actitud no suele ser la habitual. Gastamos mucho esfuerzo y tiempo, tantas veces, en “medir” al otro. Comparando, calculando, comprobando, justificando... Podemos llenarnos de amargura o alimentar nuestro orgullo, dependiendo el resultado que arrojen nuestras suposiciones. Juzgamos en términos de justicia o injusticia lo que tiene que ver, en realidad, con esperar un reconocimiento, una recompensa que nadie nos ha prometido, pero que creemos merecer. En este caso, confundimos justicia con equidad. Porque mientras la justicia, entre otras cosas, consiste en “dar a cada uno lo que le corresponde”, la segunda tiene que ver con “no favorecer en el trato a una persona perjudicando a otra”. Y aquí vuelve a aparecer el otro, la comunidad, el trascender de nosotros mismos.

Si nos sentimos colmados, amados, ¿por qué vamos a querer más?... o, mejor dicho, ¿por qué vamos a querer menos para el otro?

“Lo mismo pasa con el corazón: el corazón que tiene espacio para el Señor tiene también espacio para los demás. Si no hay lugar y tiempo para el Señor entonces el lugar para los demás se reduce a la medida de los propios nervios, del propio entusiasmo o del propio cansancio. Y el Señor es como los pobres: se acerca sin que lo llamemos e insiste un poco, pero no se queda si no lo retenemos. (...)

Sí, la apertura a los demás va pareja con nuestra apertura al Señor. Es Él, el de corazón abierto, el único que puede abrir un espacio de paz en nuestro corazón, esa paz que nos vuelve hospitalarios para con los demás. Ese es el oficio de Jesús resucitado: entrar en el cenáculo cerrado que, en cuanto casa, es imagen del corazón, y abrirlo quitando todo temor y llenando a los discípulos de paz”.

*(El verdadero poder es el servicio, Jorge Mario Bergoglio, Editorial Claretiana, 2013).*

# SEMILLERO

## Indicaciones metodológicas III: Parábola y relato parabólico

“En el lenguaje cotidiano no distinguimos entre parábola y relato parabólico.

En la mayoría de los casos hablamos de parábolas sin hacer otras distinciones: la parábola del sembrador, la parábola del hijo pródigo, la parábola de la oveja perdida, la parábola del buen samaritano, etc. Aquí diferenciamos los términos para determinar en forma más precisa los diferentes textos en vistas a su mejor comprensión.

Entendemos por parábola la narración que tiene como material temático un hecho que pertenece a la vida cotidiana. Si una mujer modesta pierde una moneda, la buscará y barrerá la casa hasta encontrarla (Lc 15,8-10). El pequeño grano de mostaza (Mt 13,31-32) se diferencia en mucho de la planta que crece de él. Los relatos asociados a hechos de la naturaleza, como el crecimiento de una semilla o de una planta, pertenecen, generalmente, al género de las parábolas.

El relato parabólico se distingue de la parábola en cuanto que el contenido de la narración es un acontecimiento inusual, sorprendente, que no corresponde a las normas que rigen en la vida cotidiana. El comportamiento del dueño de una viña que paga el mismo jornal a los que trabajan doce horas y a los que trabajan una hora (Mt 20,1-16) se aparta de las normas de la justicia y del sentido común. Cuando el hombre rico alaba a su administrador después de que este lo ha engañado una y otra vez (Lc 16,1-8), actúa en una forma que nadie aprobaría ni imitaría. En este tipo de relatos los protagonistas son los hombres, y no la naturaleza.

La determinación de una narración como parábola o como relato parabólico no siempre es evidente, porque la distinción entre lo usual y lo inusual tampoco es evidente en todos los casos.

(...) El relato parabólico es la prueba fehaciente de la imaginación exuberante de Jesús, exponente privilegiado de la capacidad narrativa de su pueblo.

Este tipo de relato merece el calificativo de ‘fantástico’ en su sentido más cabal, porque es el fruto de la fantasía creativa de Jesús. En la realidad no existe ningún pastor que abandone 99 ovejas en el desierto para ir en busca de una oveja perdida (cfr. 15,3-7), a menos que sea una persona irresponsable o enferma que no sabe que la pérdida será mucho mayor si es que deja al rebaño sin protección. Tampoco existe en la realidad un hombre que está dispuesto a pagar un denario, el jornal común en Palestina, a todos los trabajadores en su viña, sin diferenciar entre los que habían trabajado doce horas y los que habían trabajado sólo una hora (Mt 20,1-16). El relato parabólico contiene un elemento muy exagerado que lo hace ‘irreal’, ‘fantástico’ y, por eso mismo, lo vuelve interesante y atrayente a los oyentes.

En el mundo narrativo todo es posible, y el que escucha el relato no lo mide por su cercanía a la realidad, sino por su sorprendente ‘lógica fantástica’ que atrapa la atención del auditorio y lo fija en su memoria.

El lenguaje del relato parabólico hace ver que el misterio del Reino tiene algo de inconmensurable que supera las consideraciones de la razón y las expectativas religiosas, y confronta al creyente con una realidad que lo supera, como corresponde al misterio de Dios. En estos relatos no hay que buscar un ‘*tertium comparationis*’ que ‘explique’ su contenido, ni mucho menos reducir este a una frase que lo resuma. El objetivo del relato parabólico no es informativo, para que el otro acceda a un conocimiento que antes ignoraba, sino performativo, para que algo suceda en él, ya porque lo cambia, ya porque toca su interior, de modo que la palabra se convierte en acontecimiento que exige su respuesta. En la historia de los trabajadores en la viña (Mt 20,1-16) no es cuestión de ver al dueño de la viña como representante de una realidad oculta, o a los trabajadores como imagen de algo diferente, sino de entrar en la dinámica del relato buscando en él el rol que sugieren la propia historia y el propio camino de fe.

No sabemos en qué medida los discípulos entendieron las palabras de Jesús en estos relatos, pero lo cierto es que no las olvidaron, y las repitieron a lo largo de las generaciones, primero en arameo, luego en griego, hasta ponerlas por escrito adaptándolas a veces a las situaciones que vivían los creyentes de sus comunidades”.

*(Evangelios sinópticos: introducción, exégesis, práctica, Horacio Lona, Editorial Claretiana, 2014).*